busca en este Paris tumultuoso, un protector que te ayude, una mano que te levante; de hoy mas no cuentes ya conmigo.....
¡sobrino ingrato.....! ¡ya no tienes tio!

El buen hombre tomó su sombrero y salió de la alcoba lanzándome una mirada furibunda. ¿Qué iba yo á hacer? ¿A quedarme en aquel cuarto? No, Luisa no me amaba, Luisa me habia engañado. Volví la cara y la encontré á mi lado mirándome con ojos suplicantes:

—¡Y me vendias!

Luisa rodeó mi cuello con su brazo blanco y nervioso y besándome dijo:

—¿No comprendes que yo tambien necesitaba vivir.....?

—Pero....

—La mujer tiene dos amos: el que la da amor, y el que la da dinero. Tú llamaste con la campana del corazon; pero el otro llamó con la campana del bolsillo.

Logré desasirme de sus brazos y me lancé á la calle. ¡Ay! ¡qué triste desengaño! Habia creido poseer á una Virginia, y me encontré con una profesora de libre cambio!

IV

Estos amores, y sobre todo, el desenlace de estos amores, perturbaron grandemente la quietud de mi vida. Eva fué la primera que obligó al hombre á pagar el alquiler de una casa. ¡Ay! por una sola cosa lamento la pérdida del Paraíso, porque en el Paraíso no se pagaba renta.

¿Qué iba á hacer en Paris, sin un céntimo, solo y abandonado por mi tio? Si San Vicente de Paúl hubiera sido casado y por ende hubiera dejado hijos, me habria tendido sin escrúpulos en la primera esquina, esperando que la caridad me recogiera. En el primer momento de abandono llegué á desconfiar de la misma Providencia. La esperaba con ánsia y no venia: acaso estaba preocupada en buscar alimento á las buenas ave illas.

Anduve durante largo rato, y pasé una,

dos, tres..... ¡no recuerdo cuantas calles! Mi posicion era insostenible como la de un danzarin de cuerda floja. Felizmente—aquí entra lo maravilloso—hube de tropezar con una especie de hombre que corria á todo correr por en medio del arroyo. El primer choque fué espantoso. Estuve á punto de caer cuan largo era sobre el asfalto de la calle.

—¡Bruto!

—Mil perdones.

—No, no se escapará usted de mis manos, sin recibir el castigo merecido.

—Señor mio, suplico á vd. suelte mi brazo. No tengo tiempo de levantarle á vd. la tapa de los sesos. El tiempo urge, mi amo se muere, y voy en busca de un médico.

—¡De un médico! Pues en ese caso, la Providencia misma ha puesto á vd. en contacto, algo brusco ciertamente, con mi epidermis.

—¿Cómo?

—*Anch io sono pittore!* Tambien yo soy médico.

—No hay tiempo que perder. Si quiere

vd. servirme, tendrá que sujetarse á ciertas condiciones.

—A todas.

—Primero, á permitir que pase por sus ojos esta venda, y luego á dejarse conducir por mí sin proferir una palabra.

Rostchild hubiera dicho: no: Yo dije: sí, ¡convenientes de no llevar una sola moneda en el bolsillo!

Me vendaron los ojos, subimos luego á un coche, y despues de una media hora, en la que solo oí el monótono ruido del carruaje, la misma mano que me habia vendado me ayudó á descender del misterioso coche, guióme luego por un laberinto de escaleras y caracoles, peor mil veces que el de Creta, y por último, despues de un breve rato, arrancó la venda espesa que habia servido de mordaza á mis miradas, permitiéndome contemplar maravillado, el mas raro espectáculo que puede imaginarse.

La pieza en que me hallaba, amueblada con magnificencia extrema, trajo á mi memoria los explendores fabulosos de los cuentos orientales. Ningun palacio de Haïdera-

bad ó Benarés, contuvo nunca cosas mas explendidas y ricas. Ligeras columnas de mármol blanco, rodeadas por cepas de viña, cuyas hojas eran de esmeralda y cuyos racimos estaban figurados con granates, sostenian una techumbre cincelada, dividida en mil porciones, y llena de flores, de estrellas, y de adornos fantásticos tan espesos como la bóveda de un bosque. Corria por la pared un ancho friso en el que estaban bosquejados los principales misterios de la theogonía India. Tallada en el friso, se veia una muchedumbre de divinidades, con trompas de elefante, brazos de pólipo, y apretando en sus manos flores de loto, cetros, rayos; mónstruos mitad hombres, mitad animales, de cuerpos en figura de arabescos, símbolos misteriosos de profundos pensamientos cosmogónicos. A pesar de su simplicidad hierática y de la infantil torpeza de su ejecucion, esas esculturas participaban de una vida extraña y las complicaciones de su trabazon fantástica, haciéndolas hormiguear ante los ojos, les comunicaban como una especie de movimiento inmóvil. Largos cortinajes

de damasco con franjas de oro caian en opulentos pliegues, cubriendo los intersticios entre columna y columna. Un tapiz, cuyos dibujos complicados y cuyos arabescos de mil colores lo hacian semejante á un schal de Cachemira tejido para las espaldas de una gigante, cubria el pavimento con su espesor mórbido. En torno de la sala se veia un diván bastante bajo, cubierto por una de esas telas en las que la India parece haber atado con hebras de seda, los colores brillantes de su cielo y de sus flores. Una luz láctea y apacible, tamizada por vidrios opacos, vertia sobre estas asiáticas magnificencias resplandores vagos, como empastelados en una apenas perceptible nube de humo azuloso, cuya espiral se alzaba de las cazoletas colocadas en los cuatro ángulos de la sala para quemar perfumes, dando á aquel recinto, por todo sorprendente, todavía otro aspecto férico. A través de esta gasa vaporosa, los dorados, los granates, los cristales, los relieves, tenian fosforecencias é iluminaciones súbitas del mas extraño efecto. Un fragmento de un bajo relieve, herido por la

luz, parecia como que andaba esperezándose; una columna giraba sobre sí misma torciéndose en espiral, y ya fuese que los aromas de las flores, puestas en grandes vasos, produjeran vértigo, ya que los perfumes contenidos en las cazoletas, encerrasen algunas de esas preparaciones asiáticas que producen la embriaguez, acaeció que al cabo de algunos momentos todo tomó á mis ojos, en aquella sala, construida como págoda, la fisonomía cambiante y tornadiza de los objetos entrevistos en el sueño.

Pronto ví levantarse por oculta mano una cortina de brocado para dar paso á una figura extraña: era un viejo de estatura corpulenta, jorobado, y que apoyándose en un báculo de blanquísimo marfil, salia á mi encuentro. Su rostro flaco y descarnado como el de una mómia, tenia el color del cuero de Córdoba ó del tabaco de la Habana; anchas órbitas de tinta de China surcaban sus ojos, huecos y brillantes como de animal, y en los que los años habian sido impotentes para apagar solo una chispa; su nariz, torcida como el pico de una águila, estaba casi osificada, y sus cartílagos endurecidos brillaban como un hueso; enjutas las mejillas se pegaban á las quijadas, y los labios servian de cárcel á unos dientes que el uso del betil habian puesto amarillos como el oro. Las junturas de las manos, idénticas casi á las de los orangutanes, plegábanse trasversalmente como la garganta de una bota de húsar.

Una peluquilla azafranada cubria aquel cráneo tostado y como calcinado por el sol, bajo el que tantas pasiones incubaban al calor devorante de una idea fija. A los lados de la peluca cintilaban dos anillos de oro, que mordian los lóbulos de unas orejas semejantes á dos trozos cortados de cuero viejo.

Al mirar ese amarillo espectro, jorobado, desencuadernado, seco, cuyas coyunturas sonaban al andar, como las choquezuelas de D. Pedro, hubiérasele creido, no hombre de un siglo, sino hombre de mil años. Fabuloso era el número de lustros que se adivinaban en aquella figura, y sin embargo sus pupilas, únicos puntos vivos de aquel rostro, chispeaban con el fuego de la juventud. Todo el vigor de aquel cuerpo aniquilado y á quien debia con-

servar en la tierra alguna voluntad omnipotente, se habia como refugiado dentro de sus ojos.

Ningun sentimiento de rencor ó de malevolencia parecia animarle, y paso á paso dirigíase á uno de los lados del diván, con el aspecto mas visiblemente satisfecho que le permitia su figura de Faraon embalsamado, y los millones de arrugas que dibujaba la sonrisa en aquella cara antidiluviana.

Hízome una señal con la huesosa mano, y yo, temblando como una doncellita, me aproximé al divan.

—¿Sois Doctor?

Hice un signo de cabeza afirmativo.

—Pocos años son los tuyos para conocer la ciencia.

El acento imperativo en que me habalba sobrecogiéndome de espanto, me hizo no reparar en aquel *tú* despreciativo que salió de sus labios.

—Ya verás, continuó el viejo, que si te he llamado, no es para que me proporciones los auxilios de la ciencia: entre mi saber y el tuyo hay la misma diferencia que separa

á una pagoda de la India, de una humilde capilla cristiana. Cuando yo comprendo que voy á morir, cuando siento que la vida se escapa de mis brazos, es porque he agotado todos los medios de salvacion que habia, porque ni la alquimia, ni la medicina, ni las ciencias ocultas, tienen ya cosa alguna con que poder salvarme. He vivido muchos años, cientos, acaso miles; el tiempo, como una ola débil, ha venido á estrellarse á mis piés. Estoy vencido por la muerte.

Yo, asombrado, no me atrevia á replicar ni á proferir una palabra. Despues de una larga pausa producida por un acceso de tos, continuó el viejo hablando:

—Pero mira, yo he hecho un juramento y no quiero morir sin cumplirlo. Bajo esta piel desecada de mi cuerpo, ha habitado, y habita aún en este último dia, un noble espíritu. La juventud alguna vez hizo correr su hirviente sangre por mis venas. ¡Juventud larga, juventud hermosa, juventud soberbia, pero que al fin concluyó como ahora termina mi existencia! Por más que descubrí todos los secretos y todos los misterios

de la ciencia, mi cuerpo no pudo ser eternamente jóven. Solo el alma, como las vestales de los griegos, conservó el fuego sacro.

Otro acceso de tos interrumpió al viejo hechicero. A medida que hablaba, sus pupilas dilatábanse y toda su figura revestíase de una luz sobrenatural y prodigiosa.

—Hace quince años, todavía me parece estarlo viendo, fué en Venecia, atravesaba solo y absorto el puente funeral de los suspiros. Una mujer de resplandeciente hermosura tropezó conmigo, y al sentir el roce de aquel seno voluptuoso en mi epidermis fria, la sangre oriental volvió de nuevo á mis hinchadas venas. La conseguí..... ¿puede haber algo imposible para mí? Partimos para la India, la hice conocer las magnificencias de mis palacios, viví con ella una vida feliz durante un año, á cuyo término murió dejándome en los brazos una niña..... Fué imposible salvarla. Su naturaleza europea, era refractaria á los grandes recursos de mi ciencia. Era aquella la primera vez que la muerte, esa infame, me vencía.

"Pasaron siete años y mi Heva crecia, rodeada de explendores. Pero una tarde, ¡horrible tarde! en medio de una fiesta explendida en honor de Vishnú, las llamas se adueñaron de mi Palacio. Entre el tumulto de aquella muchedumbre, un esclavo, apoderándose de mi hija, se alejó con ella, los gritos eran sofocados por el estrépito horrible del incendio. ¡El infame la robaba!

"No pude evitarlo. Cuando conocí mi desgracia, intenté remediarla pero ya era tarde. Todas mis riquezas, todo mi poder, toda mi ciencia, hubiera dado por recobrar á mi hija, mas no lo quiso Brahma. ¡Partieron emisarios mios por todas partes, yo mismo recorrí caminos, poblaciones y ciudades! ¡Todo inútil! Lo único que logré saber, fué que mi pobre Heva habia sido vendida á unos mercaderes ingleses que salieron para la Europa."

"Yo, nuevo judío errante, me dí á recorrer sin descanso toda, toda la tierra. Vine á Europa de nuevo. Mis fabulosas riquezas debian servirme de poderosa ayuda, para encontrar á mi hija. Pero el gran Dios me ha hecho objeto de su ira, y en balde fueron to-

das mis pesquisas. Hoy, que me encuentro ya sobre la pista del crímen, viene la muerte y me arrebata la victoria. Hay en Lóndres un viejo Lord, que venido hace dos dias de un largo viage por el Asia, trae consigo á mi Heva. Lo sé, anoche mismo, en el momento de saberlo, quise partir para Inglaterra. El comprador de mi hija, se disponia á partir para la América. Precisaba salirle al paso, apresurarse,.....pero la muerte tocó ayer á mi puerta. ¿Ves aquella ampolleta? Pues nada más quince minutos tardará en vaciarse, como nada más quince minutos tardaré en morir. Dejo mi venganza al destino, á ese gran Dios en quien todas las criaturas nos unimos. El destino te ha traído aquí. Mi fiel criado, tenia la órden de traer á mi presencia, al primer hombre con quien tropezase en la calle. Ese hombre has sido tú. Brahma te envia. Te encargo mi venganza.

"Abre aquel cofre. Bien! Saca ahora esa plancha de oro. ¿Miras esas cifras grabadas en ella? Pues la clave para comprenderla, se halla escrita en este rugado y viejo pergamino. Encierran el secreto de la salud; con ellas, podras curar todas las enfermedades. No harás que el hombre sea eterno, pero si harás que logre larga vida. Yo te doy mi secreto. Tuyo es. Te daré tambien mis enormes riquezas, pero eso, cuando hayas recobrado á mi hija y muerto á su raptor.

"Parte á Lóndres. En este pliego encontrarás cuantas indicaciones son necesarias. En este cofre tienes oro bastante. Si no la hallas, corre á América. Tarde ó temprano la encontrarás, el cielo me lo dice, y en ese caso, fio en tu lealtad, abrirás este otro libro cerrado en donde están escritas las indicaciones precisas, para que devuelvas á mi Heva á sus parientes. Ellos la conocerán por una señal secreta que en su cuerpo hice, y una vez reconocida, han de poner en tus manos una gran porcion de mi extraordinaria riqueza."

"Ahora parte. Dentro de dos minutos, este Palacio, ignorado de todo el universo, desaparecerá conmigo y con los otros que le habitan. Señor, palacio y servidumbre, cae-

rán juntos. Unos cuantos barriles de pólvora bastan para ello. ¡Vete!»

En el instante sentí que dos brazos poderosos me alzaban del suelo, mientras una espesa venda, amarrada violentamente por detras, cubria mis ojos, creí caminar en alas de un demonio. Sin embargo, no dí un grito; apreté contra mi pecho la plancha de oro, el libro, el cofre y el pergamino, y me dejé arrastrar por aquellas furias. Cuando la venda cayó de mis ojos, estaba yo en la mitad de una calle, para mí desconocida. Todavia asombrado, volví la vista en torno,... se oyó una gran detonacion.....¡era el Palacio del alquimista que volaba!

Recogí los objetos misteriosos, detuve el primer carruaje que pasó, subí en él, dí al cochero la órden de que me llevara al hotel mejor, y cuando el látigo silvante azotó la espalda de los indóciles caballos, y el fiacre partió á escape, yo, recordando la leyenda bíblica, me dije á mí mismo, como Jesus á Isaac, Laquedem: ¡Anda!

Post Scriptum.

Ignoro si el que lea estas páginas, tendrá la imbecilidad de no creerlas. Como eso no me importa, puede estar seguro de que no me empeñaré en mostrarle pruebas. Las he escrito, porque así lo juzgaba necesario, para explicar mis eternos viajes, y decir el orígen de los secretos medicinales que poseo. Ahora, el que vaya á caza de hechos extraordinarios y en busca de aventuras milagrosas, puede cerrar el libro. Lo que sigue es una série de hojas, arrancadas á mi cartera de turista. A nadie pongo una pistola al pecho para que las lea. Como no soy domador de fieras, no he intentado escribir nunca para el público.

NOTÁ.—Suprimimos aquí la relacion de los largos viages del doctor, para no exagerar las dimensiones de este libro, limitándonos por ahora á reproducir algunos fragmentos de las páginas escritas sobre México. El dia en que publiquemos la obra completa, formará un volúmen de mas de 500 páginas.

LA MUJER.

Llegué á la capital de la República Mexicana, medianamente predispuesto por el ejercicio de trepidacion á que estuve entregado en el insoportable vehículo, que me trasladó de la estacion del ferrocarril hasta el hotel de Vergara, uno de los mejores de la ciudad.

Despues de una excelente cena, magistralmente servida por el artista Recamier, me propuse azotar algunas calles, y pasear mi fastidio al través de la ciudad de los palacios.

Apenas habia caminado veinte metros, tropezé con una mujer que era casi una niña,